

Iturbide no fué otra cosa mas que un tejido de debilidades y de errores, que le condujeron de humillacion en humillacion, hasta arrojar de sus manos un cetro demasiado pesado, y que no se sentia con fuerza para soportar. A las primeras muestras de debilidad, todos sus partidarios le abandonaron; y viéndose al frente de sus enemigos, abdicó su poder, que, si bien fácilmente adquirido, no era tan fácil de conservar. El 19 de marzo de 1823, despues de once meses de reinado, Iturbide abandonó la capital de Méjico, embarcándose dos meses despues con su familia para Italia, habiéndosele decretado una pension anual de veinte y cinco mil piastras.

Los partidarios de Iturbide entraron en su mayor parte á reforzar el partido republicano, con lo cual, al menos por entonces, los adictos á la forma monárquica, perdieron todas las probabilidades de triunfo, lo mismo que los que soñaban con la restauracion del poder español. A la marcha de Iturbide precedió la constitucion de una república central, con una cámara que participaba del poder legislativo, al paso que el ejecutivo, residia en un triunvirato nombrado por el congreso constituyente. Entonces, como si aquellos paises estuviesen destinados á ofrecer perpétuamente el mas deplorable ejemplo, otras nuevas diferencias estallaron entre la capital y algunas provincias.

Nos referimos á la oposicion del partido federal, que se presentó en algunas provincias celosas de la supremacia que la capital ejercia, y que deseaban

formar otros tantos estados distintos, unidos tan solo por los lazos de los intereses generales. Sin embargo, aunque en el territorio mejicano aparecieron tambien los distintos partidos que tanto dividieron á las repúblicas de la América del Sur, la lucha tomó distinto carácter en ambos paises.

Los partidarios de Iturbide no habian dejado de agitarse desde la caida del emperador, que fijó su residencia en Inglaterra, los cuales, tomando por pretesto las revueltas intestinas que desde este tiempo agitaban al país, enviaban repetidas comunicaciones al proscrito, pintándole el mal estado de la república, y la facilidad de aprovecharse del cansancio de las poblaciones, para volver á establecer el decaido imperio. Tratando de preparar el terreno, Iturbide dirigió desde Lóndres al congreso de la república una esposicion, en la que ofrecia su brazo, para defender á la pátria contra las aspiraciones hostiles de la Santa Alianza, que apoyándose en el partido clerical, bastante numeroso en aquellas comarcas, trataba de establecer allí su influencia, y con ella el predominio de las ideas despóticas. Esta esposicion, á pesar de los términos en que estaba concebida, causó bastante alarma en la Asamblea, que no desconocia el carácter emprendedor de que estaba dotado el antiguo coronel Iturbide, y veia en ella un pretesto para abandonarse de nuevo á sus planes de dominacion dictatorial.

Teniendo en cuenta estos motivos el congreso mejicano, y adivinando acaso en ellos planes ocul-

tos, espidió en 28 de abril de 1824 un decreto de proscripcion contra Iturbide. Los acontecimientos posteriores probaron claramente que la Asamblea no se habia equivocado en sus pronósticos y sospechas.

En efecto, Iturbide, lleno de risueñas esperanzas, y recordando acaso la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, sin cuidarse por eso del desenlace de Marengo, sin esperar la resolucion de la Asamblea, abandonó las islas británicas dirigiéndose á Méjico, á donde llegó al puerto de Soto-la-Marina, cuyo comandante pasaba por partidario acérrimo de Iturbide.

La Garza, que así se llamaba el gefe de Soto-la-Marina, manifestó su adhesion á Iturbide, alentándole á continuar en su propósito, haciendo para ello la mas risueña pintura del estado en que se encontraban los ánimos de todos los mejicanos, y poniendo además á su disposicion la tropa que mandaba. Alentado Iturbide con este recibimiento, se dirigió, escoltado por la fuerza de La Garza, hasta la ciudad de Padilla, capital del estado de Tamaulipas, cuya ciudad le recibió con las mayores muestras de amor y deferencia. No obstante, la Asamblea legislativa, tan pronto como tuvo noticia de estos acontecimientos, envió á La Garza el decreto de proscripcion contra Iturbide, dándole el encargo de ponerle en ejecucion.

La Garza, despreciando los compromisos adquiridos, olvidándose de la confianza que le habia dis-

pensado el desgraciado Iturbide, poniendo en sus manos su suerte futura, desconociendo los sagrados deberes del caballero y todas las nociones del hombre, cumplió el decreto de la Asamblea fusilando á Iturbide el 19 de julio de 1824. En otro país cualquiera, menos trabajado por las revueltas civiles, que oscurecen con frecuencia hasta los mas sagrados deberes, la traicion de La Garza hubiera repugnado á los mismos que recogian el fruto de ella; en cuanto á la historia inflexible presentará la memoria de este traidor cubierta con una indeleble mancha de baldon y oprobio.

Tal fué el fin de este hombre que, á pesar de sus faltas, puede ser considerado como el mejicano mas hábil de cuantos han aparecido sobre la escena política en aquellos tiempos de revueltas y trastornos. Elevado al supremo poder del Estado en circunstancias muy desfavorables, bien pronto conoció todas las dificultades con que tenia que luchar, y se sintió sin fuerzas para superarlas. Las rentas del imperio habian caido, desde el principio de la revolucion, en el mas triste y deplorable estado, pues interrumpidos como estaban los trabajos de las minas, los derechos sobre la plata monedada y exportada eran casi nulos. Los productos de las aduanas, que hubieran podido subsanar algun tanto estas pérdidas, disminuyeron rápidamente con la decadencia del comercio; y en cuanto á la de Veracruz, que en otro tiempo habia producido considerables rendimientos, permanecia aun en poder de los españo-

les, que poseyeron tambien el castillo de San Juan de Ulúa hasta el 15 de setiembre de 1825. De esta suerte, el papel-moneda creado por la revolucion, cayó al poco tiempo en un total descrédito, que demostraba la confianza que el gobierno inspiraba. Todos los diferentes ramos de la administracion pública permanecian en el mas deplorable estado, por la falta de numerario, y bien puede decirse que en esta época se desenvolvió el espíritu de rapiña entre los funcionarios públicos, que no ha dejado de aumentar hasta nuestros dias.

Por otra parte, la mayoría de los diputados abrigó siempre una hostilidad manifiesta hácia la persona de Iturbide, á quien consideraba como un advenedizo, sin título alguno para ocupar el puesto á que se habia elevado. Faltando, pues, la armonía y acuerdo entre los distintos poderes del Estado, claro es que á la primera ocasion se presentaba como inminente un choque, que debia destruir un trono fundado solamente en la deleznable base de una efímera popularidad.

La traicion, sin embargo, perseguia fatalmente al emperador Iturbide; ella le dió el primer golpe en la persona del general Santana. En cuanto á La Garza, no hizo mas que continuar la obra comenzada.

El desastroso fin de Iturbide demostró bien claramente que Méjico no estaba por la forma monárquica, y que el ejemplo de los Estados- Unidos influa de un modo poderoso en los destinos del país. En su consecuencia, el general Guadalupe Victoria fué elegido presidente, y aunque esta nueva eleccion recaia en un hombre de antecedentes bastante justificados, sobre todo, si se tiene en cuenta lo que en el país influa la ambicion desmesurada, que se habia apoderado de todos los ánimos, demuestra que la república habia caido bajo el dominio del militarismo, lo que le acarrearía, sin duda, multitud de desgracias, que debian impedir la sólida y estable constitucion del gobierno.

III.

Las sociedades secretas.

El primer acto del nuevo presidente, fué con-